

pronunciado sobre tales corbatas, reputándolas adminículos poco viriles y gallardos (lo varonil es hacerse el nudo de la corbata), incluso vergonzantes, y el comprador procura hacer ver que no tiene particular interés en él, que quizá ni siquiera es para él, que también él lo considera indigno.

El estudioso de la lengua española tiene desde ahora en el libro de Beinhauer un instrumento imprescindible de trabajo; incluso el hispanoamericano (y seguramente él más que ningún otro) ha de tenerlo como permanente referencia, por tratar de un nivel del habla desde donde afloran corrientemente nuestras peculiaridades lingüísticas americanas; pero, para gran sorpresa, el libro le mostrará, por encima de ciertas divergencias léxicas, la enorme similitud de preferencias morfológicas y sintácticas que existe en el español ciudadano diario de ambos continentes.

MARIO FERRECCIO PODESTÁ

JOSÉ RICARDO MORALES: ARQUITECTONICA. Santiago de Chile, Editorial Universitaria, 1967.

José Ricardo Morales, malagueño, dramaturgo, profesor de Historia del Arte en dos universidades, antologista y crítico, incansable jugador de burlas etimológicas ha ordenado la baraja de su enredo humanista en un libro —*Arquitectónica*— de rigurosa urdimbre filosófica.

La variedad de su ocupación intelectual, engañosamente hedonista y deportiva, muestra ahora cimientos imprevistos que le permiten incursionar con seguridad en lo más hondo de los problemas del hacer humano a través de su histórica aventura. La necesidad de conocer las raíces ocultas de lo real, conduce a la filosofía. Esto ocurre a Morales con su tema. Se sitúa ante la Historia del Arte y de la Arquitectura resuelto a llegar a un conocimiento radical.

Por cierto que toda especulación de esta índole remata en el hombre, causa única y centro irradiante de toda expresión artística. El camino es largo y ya ha sido recorrido por otros. La interpretación de Morales incluye el examen de prestigiosas hermenéuticas, que va sancionando, paso a paso, simultaneando la crítica con sus propias afirmaciones, en una entrega de máxima responsabilidad y complicación.

El ovillo a desenredar es complejo y delicado: la historia humana abordada desde el punto de vista de su expresión plástica. El camino hasta los problemas básicos está poblado de apariencias y de opiniones célebres. El profesor Morales se conduce en la indagación de modo análogo al que Ortega eligió para meditar sobre Velázquez. ("Se trata, pues, de una trayectoria en que cada paso nos obliga a dar el siguiente con dialéctica necesidad. Esta dialéctica no es de conceptos, sino real, no es del *logos*, sino de la cosa misma. Es la dialéctica de hilo al tirar del cual sacamos el

ovillo. Nosotros queríamos la hoja, sólo la hoja, pero resulta que la hoja no termina en sí misma sino que prosigue en el pedúnculo. Tenemos que llevarnos también el pedúnculo. Pero éste continúa en la rama que emerge de un tronco sostenido por ocultas raíces. Si queremos, de verdad, llevarnos la hoja, tenemos que arramblar con el árbol entero después de desenterrar su raigambre. Es el destino ineluctable de todo lo que es esencialmente parte de un todo: aquella sólo es lo que es refiriéndolo a éste. Lo cual demuestra que si un cuadro es algo más que la materia textil del lienzo y la madera del marco y la química de los colores, vale como verdad literal lo arriba dicho: que un cuadro es el fragmento de la vida de un hombre y no es otra cosa").

Al tiempo que Morales desarrolla su tesis, muestra cautelas de profesor preocupado de que no se le entienda. Glosando el *Primer Positivismo* (pág. 31) recurre a la reiteración didáctica: "aquí ni metas lejanas ni consideración alguna de valores —ni teleología ni axiología—".

Morales trabaja en profundidad algunas tesis de la *razón histórica*, de gran fertilidad en este tipo de especulaciones: "—Pero ocurre que los hechos, aunque estén ya hechos —pues pertenecen al pasado— nunca podemos darlos por hechos en la historia. Hay que rehacerlos, elaborándolos de determinada manera... Sin embargo, al proceder sobre datos comprobables se omite o se desconoce que los llamados hechos fueron originalmente *actos y obras* ejecutados con cierta mira o pretensión. Cuando se prescinde de esta condición primordial del hecho, la historia termina desvirtuándose en crónica, que, contra lo que su nombre indica, es acronía pura, rotunda intemporalidad".

En su concepción de lo real advertimos —recobrando sin estragos en la personal conducción de su pensamiento— la presencia de ideas que desde Kant hasta Ortega y Heidegger dominan el área de la filosofía: "Adviértase, sin embargo —escribe Morales—, que en el término *realidad* se encubre una falacia, si al emplearlo queremos significar aquello que existe frente a un sujeto y con independencia del mismo. Puesto que *realidad* implica la *res* —la cosa—, indica que nuestro alrededor, en cuanto realidad, se ha cosificado, ordenándolo de cierta manera para poder entenderlo; *la realidad es un orden de cosas* establecido mediante determinado modo de ver y pensar" (pág. 39).

Para sazonar las dificultades inherentes al análisis, tan difícil como claro, el autor se deja ir de su gusto por etimologías y retruécanos cuando la ocasión es propicia. Refiriéndose a las restauraciones en arquitectura suelta este alegre párrafo: "Por cierto que esta efectiva intervención defendió a los monumentos de la injuria y estrago del tiempo, salvándolos de su definitiva ruina, pero a costa de arruinarlos mediante *pastiches* convencionales que con frecuencia determinaron una imagen absurda o extravagante de los edificios así tratados. Restauración *quasi una fantasía* e incluso *reparaciones irreparables...*" (pág. 49).

Dedica a las influencias en Historia del Arte unas páginas muy sagaces y polémicas que concluye advirtiendo que son las personas creadoras las

que *influyen* sobre el pasado, y no al revés: "Si Hindemith toma a Bach como punto de partida para alguna de sus obras, no es que éste influya sobre aquél; más bien podemos suponer lo contrario: que Hindemith actuó sobre el pasado —sobre la obra de Bach— dándole un nuevo destino, una continuidad que sin la participación de nuestro contemporáneo nunca hubiera conocido" (pág. 92). Ni más ni menos que lo sospechado por Jorge Luis Borges: todo auténtico creador inventa o crea sus propios precursores.

Morales sostiene que la historia del arte se ha fundado muchas veces sobre causas ajenas a su propia entidad. El capítulo en que revisa y disecta el tema de la causalidad, siendo —a nuestro juicio— el más importante de *Arquitectónica* ofrece al mismo tiempo un amplio margen para la discusión. Se mencionan allí importantes causas junto al nombre de sus sustentadores. Taine y el medio geográfico; Worringer y la raza; *Spengler y las culturas botánicamente entendidas*; Semper y los materiales; Panofski y las concepciones filosóficas; Weisbach y la religiosidad; Gebhardt y el tiempo; Balet y el régimen político. Es cierto que Spengler se refirió a las culturas y su ciclo biológico, pero considerando las culturas como consecuencias de la vida del hombre, sea el fáustico u occidental, el helénico, el chino, etc. No hay en Spengler causalidad extrínseca como fundamentación de su juicio sobre las formas. La "manera de poseer la realidad" que es la cultura, no es atributo de la cultura sino del hombre culto. En su teoría sobre el sentido de los números establece Spengler la siguiente oposición: "Nuestro espacio cósmico infinito, sobre cuya presencia, al parecer, no cabe la más mínima duda, *no* existe para el hombre antiguo; ni siquiera puede representárselo. Por otra parte, el cosmos helénico, cuya profunda incompatibilidad con nuestro modo de concebir el mundo no hubiera debido permanecer tanto tiempo ignorada, es para los helenos algo evidente".

En Spengler, las cosas existen para el hombre antiguo o para el occidental, no para las culturas. Las culturas son un precipitado del sentimiento previo que les da vida y las sostiene.

Libro brillante, diestro, sabio, levemente escéptico y burlón. Hay que agradecer a la Universidad de Chile, a su Comisión Central de Publicaciones y al cuidado del profesor Félix Schwartzmann los esfuerzos que han gastado en publicar esta obra de excepción.

FERNANDO URIARTE

ERNESTO MURILLO: SALAR. Poemas. Instituto de Literatura Nortina. Antofagasta, 1967.

La primera vez que uno viaja por el Norte Grande descubre que la singular sensación que deja ese paisaje lunar, como de planeta muerto, jamás la había visto cabalmente descrita en ningún texto. Hay, sin em-